



# Los privilegios del ángel Dolores Redondo



# Los privilegios del ángel

Dolores  
Redondo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1624

© Dolores Redondo, 2009  
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2021-2023  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición en el sello Ediciones Destino: noviembre de 2023  
ISBN: 978-84-233-6419-0  
Depósito legal: B. 17.034-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotoprint, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# Foto en sepia

## *Ahora*

Apenas recuerdo el tiempo en que despertar era volver a la vida tras una pequeña muerte, un lapso suspendido, húmedo y uterino del que jamás me quedaban recuerdos. Desperté desahuciada del sueño con la certeza de que no obtendría allí el descanso que anhelaba, que no podría ya regresar a aquel paraje desolador donde acudía en mis vigiliás, porque nunca volvería a dormir.

Sentí el cuerpo sudado del que dormía a mi lado ajeno a mi maldición. Hice un par de intentos infructuosos por recordar su nombre, y en justa venganza por la ignorancia inconsciente en la que dormía, me fue imposible.

Su rostro, el de un chiquillo, aunque desmentido por la barba incipiente que le oscurecía la piel hasta el pecho, aparecía abotargado por la borrachera y húmedo de babas que le resbalaban por la comisura de la boca entreabierta, saliva que brillaba como rastro de caracol a la luz que llegaba sesgada desde el váter, y que habíamos dejado encendida para ser ca-

paces de encontrarnos los cuerpos desorientados de cerveza y porros.

La música del bar había cesado y los demás inquietos del hostel dormían inusualmente silenciosos. Desde la arboleda enmarañada me llegó el canto de un *gautxori* que no supe identificar, y que me entristeció por lo huérfano y desdichado de su arrullo de mal agüero.

Enferma de soledad y de esa consciencia de nuestro propio ser que solo se alcanza de madrugada, abrí el cajón de la mesilla y saqué aquella vieja fotografía manoseada y gastada en los bordes; había amarilleado con elegancia adquiriendo un tono sepia que la tornaba más melancólica y bella. La única foto que guardo de Pakutxa fue tomada en el caserío Barbotegi, en ella aparecemos las dos con idénticos pantalones de peto y jerséis de perlé blanco, apoyadas contra el Renault 12 de mi madre.

Recuerdo que acababa de comprárselo, y a pesar de que la foto es en blanco y negro, puede apreciarse cómo brilla la chapa verde oliva bajo el sol del atardecer. Es curiosa esta estampa. Las dos tan serias y lejanas, absortas como adultas, ajenas a nuestra niñez. Yo mantengo la cabeza un poco inclinada hacia ella y los ojos fijos en el objetivo de la cámara; la mirada de Pakutxa perdida, febril, flotando sobre la serrería lejana que, con aquel sol antiguo, parecía arder con un fuego interior que inexorable la devoraba por dentro, como a ella.

Ese lugar ya no existe, o al menos no como era entonces. Regresé allí en muchas ocasiones buscando alguna huella del paraje que guardo en mi recuerdo. En cada una de esas visitas comprobaba apenada cómo iba perdiendo su forma y su esencia, desvirtuándose mientras se esfumaba ante mis ojos pávidos como una visión acelerada del futuro.

Descorazonada contemplé cómo desaparecía la serrería, una pérdida tan llorada como previsible, pues no era más que un pequeño taller perteneciente al caserío y que se nutría, sin duda, de los numerosos bosquecillos que lo rodeaban como arropándolo.

Con el tiempo y la bonanza económica de los ochenta, aquellos bosquecillos acogieron en su seno numerosas urbanizaciones de villas adosadas, y la serrería, como la olorosa presencia del ganado, se vio relegada a un almacén polvoriento, que ya no olía a madera caliente y recién cortada, sangre de árboles, sino al óxido y la herrumbre que poco a poco tomaron la maquinaria inútil y abandonada. La última vez que fui por allí ya la habían derribado, y en su lugar, según me contó el guarda, se habían proyectado ciento veinte plazas de aparcamiento.

Pero si algo me dolió fue perder el laberinto de arbusto verde y amarillo, que no puede verse en la foto, porque está justo detrás del coche. Supongo que realmente no era gran cosa, y que el recuerdo está algo engrandecido por mis ojos de niña. Nos gustaba escondernos entre los pasillos de hojas que llegaban a la altura de la cintura de un adulto, y que para nosotras eran murallas infranqueables entre las que nos perseguíamos. Guiadas tan solo por las risitas y griti-

tos casi histéricos de nuestro juego, corriendo de un lado a otro, para desembocar en las pequeñas plazoletitas con mesas y bancos de cemento y madera sobre los que nos encaramábamos para atisbar por encima del laberinto.

Sí que es rara esta foto. Quizá porque tiene eso que convierte una fotografía en una obra de arte, algo intemporal y que trasciende al observador, o puede que, en realidad, no pase de ser más que una foto común y corriente, y solo yo puedo ver en ella el laberinto de arbusto y la antigua serrería envuelta en una nube roja de vapor y polvo de serrín que, con aquel sol de la tarde, se quedó ardiendo para siempre en mi recuerdo, como Pakutxa. El fuego que ardía ahora en mi interior abrasándome el pecho y la garganta con furia dipsómana.

# Cristales rotos

## *Ahora*

Salí de la cama llevando la foto en una mano y apoyándome en la muleta con la otra. Sin querer, arrastré enredada en mis piernas la sábana gastada, que dejó al descubierto los genitales del bello sin nombre, que como si obedeciese a una orden antigua y básica los cubrió recogiendo su carga en el hueco de la mano y continuó durmiendo.

Tomé el vaso blancuzco y rayado que descansaba sobre la repisa del lavabo, dejé que el agua estancada en las viejas tuberías corriese un poco con el fin de disipar el aroma dulzón, como a hongos y tierra, que siempre traía. Lo llené hasta el borde, incluso dejé que rebosase un rato sobre mis dedos crispados, lo acerqué a mis labios y bebí hasta la última gota, tan rápido que pasarían unos segundos antes de que pudiera sentir alivio a mi sed.

En el espejo encontré unos ojos que ardían con el mismo fuego que mi pecho y, esperanzada, busqué la huella del ángel, pero el azogue herrumbroso



de humedad solo me devolvió sombras de charco acuosas y oscuras.

Apoyé la foto en la repisa y solté la muleta, que cayó quedando trabada entre el lavabo y la pared, amortiguado el golpe por su propio acolchado. Elevé el vaso hasta la altura de mis ojos en mudo brindis de perdedora y lo dejé caer sobre el lavabo. El grueso culo de cristal chocó contra el grifo y se partió en varios trozos afilados con un ruido seco y más metálico que cristalino.

Retrocedí hasta la puerta para atisbar al durmiente y comprobar que seguía inmerso en su sueño etílico. Tomé uno de los trozos del vaso y la sensación del vidrio afilado me hizo estremecer. Lo apoyé contra mi muñeca izquierda y me infligí un pequeño corte superficial y muy doloroso. La impresión denterosa del cristal en la carne me revolvió el estómago y comencé a temblar de asco y frío.

Jadeando mientras intentaba recuperar el control, cerré los ojos y de un violento tirón rasgué el resto de la muñeca. La sangre brotó generosa cubriendo la piel de mi mano como un guante carmesí. Un leve temblor se apoderó de mi cuerpo, y el frío que había estado amenazándome me envolvió como un sudario mojado y pegajoso haciéndome tiritar, aunque un sudor denso y salado perló mi frente y se escurrió entre las cejas. El humor salobre me entraba en los ojos como agua de mar y me cegó por un instante. Levanté la mano temblorosa y me la pasé por la frente, que además de sudor quedó manchada de sangre. «Torpe», pensé al mirarme en el espejo. Dejé el cristal manchado de sangre en el lavabo y elegí otro trozo de entre los más grandes. Cortarme

las venas de la mano derecha me costó bastante más. El cristal se tornaba resbaladizo por la sangre, y aunque apenas veía, sentía cómo me hería los dedos sin lograr hacer más que cortes superficiales.

No quedaban trozos lo bastante grandes como para poder manejarlos con comodidad y me sorprendí riendo ante mis desvaríos. «A ver si voy a tener que dejarlo para otro día; no, mejor aún, puedo llamar a la habitación de al lado y pedirle a una de esas putas amables que saque su dentadura del vaso y me lo preste para suicidarme un poco.» Sustituí el cristal por otro más pequeño y puntiagudo y, sujetándolo con fuerza en la palma de la mano, lo apoyé contra la carne y, más que cortar, hundí la astilla en la piel mientras me mordía con rabia el labio inferior.

Gruesos regueros de sangre fluyeron de la herida goteando sobre los restos del vaso. Intenté arrancar la astilla que había quedado trabada en mi carne, los dedos hormigueantes resbalaron sobre el borde del cristal, y al tirar de ella una laceración feroz me sacudió el brazo hasta el hombro como en el retroceso de un arma.

Conmocionada, desistí de mi intento, segura de haberme seccionado un tendón. Recogí amorosa la mano inútil contra mi cuerpo y, con la otra, tomé de nuevo la fotografía apoyada contra el espejo.

Los pies resbalaron sobre el charquito que mi sangre había formado en el gastado linóleo del suelo. Intenté mantenerme en pie, probé a agarrarme al borde del lavabo, pero mis manos patinaron en la porcelana sucia; me incliné, pero mi frágil cadera renunció a sostenerme. Ahogué un grito cuando la

manilla de la puerta se me hundió en el costado, y me dejé caer escurriéndome poco a poco, hasta quedar sentada en el suelo con las rodillas flexionadas y la fotografía reposando en mi regazo.

Disgustada, intenté limpiar con el dedo una gruesa gota de sangre que había profanado la foto cubriendo parcialmente el rostro de las niñas, pero solo conseguí emborronarla extendiendo una fina película roja sobre mi recuerdo, pero ahora ya no importaba, todo dejaba de importar y comenzaba a tener sentido. Supe que me estaba muriendo, y sin saber cómo comencé a cantar:

*Ponme la mano aquí, Macorina,  
ponme la mano aquí.*

*Ponme la mano aquí, Macorina,  
ponme la mano aquí.*

*La luna es un tiburón  
que va tragando a mi vida.*

*Ponme la mano aquí, Macorina,  
ponme la mano aquí.*

La voz brotó suave e infantil, casi sin fuerza, como una psicofonía de mi infancia, y al escucharla surgir desde el interior de mi cuerpo lastrado pensé por primera vez que mi voz era muy bella.

Cada nota, cada inflexión de mi canto fue nueva y perfecta, una voz hermosa y desconocida hasta ahora y una canción sublime en la que cada palabra cobraba significado en sí misma. Era como una vida entera llenándome de entendimiento y sabiduría, suficiente para comprender que aquella no era solo una

canción, era una respuesta, una fórmula para describirlo todo, tan dulce y tierna que me conmovía en lo más profundo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y sin darme cuenta comencé a llorar de puro agradecimiento, de humildad ante la gracia que se me concedía. Mi llanto fue silencioso y casto, como solo puede serlo el llanto que aflora al contemplar un prodigio. Lágrimas serenas y respetuosas para no turbar la belleza del milagro de escuchar cantar al ángel.

Di las gracias en silencio y pensé que por fin todo estaba bien y que todas las penas valían por liberar a la entidad celestial, que como a una señal enmudeció. Bajé la mirada hasta los cortes en mis muñecas. La sangre, que al principio había brotado a borbotones, fluía ahora lenta y plácida, como sin prisa.

El río de vida había formado regueros entre mis piernas y empapaba mis bragas y mi camiseta. Un sentimiento de profunda lástima comenzó a crecer en mi pecho. Lástima por toda aquella sangre derramada, perdida. Reparé en las burdas heridas que mutilaban mi carne y me avergoncé de mi maltrato a aquel pobre cuerpo maltrecho y lacerado, empeñado en darme cobijo y un poco de calor, siempre vejado y torturado.

Escasos de carne, mis huesos pugnaban por atravesar mi piel tensa de hambrunas y de insomnios. Qué triste que solo al sentir la proximidad de la muerte lograrse por primera vez amar a aquel guiñapo esforzado que me había brindado el escaso calor que lograba producir.

El chico que había dormido a mi lado entró de pronto arrastrando los pies y rascándose con una mano la entrepierna y con la otra el sobaco de un modo que recordaba a un simio. Entreabrió los ojos y al verme boqueó como un pez y comenzó a gritar. Yo me habría reído de haber tenido fuerzas, porque el chaval estaba realmente ridículo sujetándose los huevos y chapoteando en mi sangre, sin llegar a caer, pero patinando torpemente mientras componía poses absurdas en el esfuerzo de recuperar el equilibrio.

Intenté calmarle, decirle que dejara de gritar, que iba a despertar a todos los huéspedes, y que las putas ya estaban muy mayores para aquellos revuelos.

Quise extender mi mano hacia él, pero mis brazos pesaban toneladas y me resultaba imposible moverlos. «Mi pobre cuerpo ya no puede más», pensé. No advertí cómo se aflojaban mi vejiga y mi intestino, pero llegué a percibir el calor entre las piernas. Mi última mirada fue para el chico, que había logrado, al fin, mantener el equilibrio y salía corriendo y dando alaridos con los pies cubiertos por mi sangre, con la que dejaba por el suelo carcomido del hostel taponones indelebles con los restos de mi vida.

Entonces morí.

Tuve conciencia del preciso instante del descarnamiento, porque una ola de supremo amor estalló en mi interior liberándome del dolor y de la carga de mi cuerpo agonizante. Ese impulso me ayudó a incorporarme y a salir de aquel charco de caramelo líquido que había sido mi carne. Retrocedí para poder

verlo mejor; era tan frágil y embrionario que producía una inmensa aflicción verlo tirado, roto y desvalido. Su visión me partió el corazón, y las lágrimas que vertí por él contribuyeron a disipar mi pena, aclarándome los ojos nuevos. Entonces me sentí libre y agradecida por mis huesos, mi vientre vacío y mi carne magullada tantas veces.

Llena de ternura, me incliné hacia mi cuerpo y quise devolverle el abrazo cálido que él me dio durante años, pero retrocedí. Sabía que ya no podría tocarlo.

Suspiré mirando a mi alrededor. Mi compañero de cama venía corriendo por el pasillo trayendo a rastras a una de las putas, legañosa y sin dentadura, que avanzaba a trompicones intentando ponerse una bata anaranjada.

Los seguían las adolescentes en tanga y camiseta de tirantes y por la escalera subía el anciano insomne y uno de los viejos hosteleros, con la peluca mal puesta sobre el cráneo pelado, y visiblemente molesto por tener que salir de la cama. En ese instante, mientras añoraba mi cuerpo maltrecho y veía a los siniestros huéspedes de Los Rosales acercarse a mi habitación, supe que debía partir, que tenía que salir de allí. Poco importó hacia dónde, porque en respuesta a mis dudas comencé a elevarme sobre la estancia, y el caramelo líquido que me cubría comenzó a estirarse formando frágiles latiguillos pegajosos que me sujetaban por los tobillos, por los codos y las muñecas, partían de mi frente y de mi barbilla y continuaron afinándose a medida que me alejaba elevándome sobre mi cuerpo.